

tendido muellemente en su carruaje, cansado y alegre:

—Demasiado exigente es la chiquilla, pensaba; pero merece la pena.

XIV

LA CASUALIDAD AL SERVICIO DE JUAN MARIA.

Corentino despertó bastante entrado el día.

Creía salir de un sueño.

Tenia la cabeza pesada y confusa las ideas.

Apenas recordaba lo ocurrido.

El herido que despierta en el campo de batalla y se halla solo en un llano desolado y desierto al día siguiente del combate, de sentir impresiones parecidas.

Recobró poco á poco la memoria y recordó los detalles de la caída de su novia.

No trató de persuadirse de lo absurdo de sus sospechas.

La realidad se levantaba incontrovertible entre él y la joven á quien hubiera querido defender contra sus propias acusaciones.

Era necesario estar loco para conservar la menor duda.

A Corentino le parecía estar viendo aquel carruaje que, oculto en la obscuridad, aguardaba á

Ivona y la llevaba después á la odiosa casita, á aquel régio capricho, donde habia conocido su voz.

¿Podia haberse engañado?

¿No la hubiera distinguido entre mil, habiendo resonado sobre su corazón tantas veces?

¿Todo habia concluído?

La esperanza de su juventud habia muerto.

Ivona ya no existía para él.

Era peor que si la hubiese visto encerrada en el sepulcro.

Muerta, hubiera podido llorarla.

Deshonrada, solo merecía desprecio.

La hija de tan honrados padres, educada en honrado hogar y rodeada de buenos ejemplos habia huido de noche á echarse en brazos de un hombre que solo podía despreciarla.

El orgullo la habia arrastrado á tal vileza.

Algo amargo le subió del corazón á los labios.

Entrevió confusamente la venganza ó más bien el castigo, cuando despreciada, y sin apoyo, agotara todas sus lágrimas para llorar su decepción vergonzosa.

Rudo fué el combate trabado en el interior de su alma.

Se propuso arrancar de su corazón á Ivona y lo creyó posible.

Juró no verla nunca, y durante algún tiempo cumplió su juramento.

Desde aquella noche, su carácter cambió brusca-
mente,

Hasta entonces había sido el mozo más alegre en muchas leguas á la redonda.

Su rostro inspiraba alegría, y la inspiraba á todos.

Siempre estaba dispuesto á divertirse y á ayudar á los amigos, bien se tratase de una faena rústica, bien de cazar lobos ó jabalíes ó de cualquier servicio.

Quien le buscaba le hallaba, dispuesto á todo y alegre.

Corentino era el rey de las romerías, bebía fuerte si era preciso, animaba á los demás y cantaba como nadie.

Sin él no había fiesta.

Las muchachas lo querían y más de una palidecía en secreto envidiando la suerte de la señorita de Rebec, porque para los colonos y la gente pobre, la ahijada del conde Hugo era una señorita.

En el campo la mejor estación es el verano.

El trabajo no es grande hasta Agosto; está hecha la siembra y la mies se madura y se dorá. Los árboles están lozanos y vestidos.

Por eso cada pueblo celebra durante él su fiesta y reúne á los vecinos.

Pielau había dado el ejemplo.

Los demás lo imitaban.

Todos los domingos había fiesta en alguna aldea.

Pero Corentino apenas se dejaba ver en las diversiones.

Se rompían sin su intervención, las ranas; y en

los tiros al blanco, que antes solía ganar no disputaba el premio.

Comenzó á extrañar tal cambio.

Todos inquirían con inquietud la causa de su aflicción y de su alejamiento.

Pronto lo averiguaron.

La gente campesina tiene ojos tan perspicaces como la de las pequeñas ciudades.

Ivona por el contrario, se presentaba alegre y regocijada por una satisfacción interior que aumentaba la vivacidad y hermosura de su rostro.

Aqué amor que había de ser tan breve, la hacía más hermosa.

Los dos prometidos no se hablaban ya.

Ni se encontraban siquiera.

Si Corentino distinguía de lejos á su antigua amiga, desaparecía como por encanto.

Tales detalles no pasan desapercibidos.

El viejo Rebec estaba taciturno.

Las gentes de Pielau murmuraban.

Deafanse secretillos al oído.

¡El duque de Vaudrey rondaba mucho el parque del conde!

Esto era sospechoso.

El amo de los Dos Mulos, no obstante su respeto al castllano de Laugon, se reía de él y soltaba medias palabras, que ponían sobre la pista á las comadres.

Corentino callaba y gurdaba en el fondo de su desgarrado corazón el horrible secreto.

Por lo demás, apenas se le veía. Sus mismos padres y los criados de Scaer, excepto á las horas de comer, no ófan hablar del pobre joven.

Muchas veces ni aun se presentaba en casa.

¿A dónde iba?

Todos lo ignoraban.

Se había vuelto silencioso, sombrío, arisco é in-tratable como una fiera.

Salía al amanecer con la escopeta y el perro, y no volvía hasta muy entrada la noche.

Transcurrieron dos meses y medio.

Julio tocaba á su término.

La baronesa de Bresso no había ido á Scaer; pero el señor de Vaudrey se había ausentado de Laugou se había ausentado varias veces para detenerse algunos días en París y en Dieppe, donde la hermosa viuda residía en la espléndida *villa* construída para su recreo.

Obedecía, aunque con disgusto, los prudentes consejos que su amante le daba con fines interesados.

Pero pensaba que iba á acabar el plazo de prueba, y que cada día se obscurecía más el recuerdo del crimen y se aseguraba su impunidad absoluta.

Ivona vivía en continua alternativa de inquietudes y de gozos, amargados por remordimientos y congojas.

El frenesí de sus primeros días de amor, se calmaba rápidamente, y su ceguera desaparecía.

Su padre apenas le hablaba.

La amaba demasiado para atormentarla, pero llevaba á mal lo que tomaba por irracional antojo de su hija.

Echaba de menos á los amigos de Scaer.

Una mañana detuvo á Ivona que bajaba de su habitación bastante abatida, y le dijo en tono de re-prensión:

—¿Qué le has hecho á Corentino para que huya de nosotros?

La joven quiso retirarse para ocultar su rubor, pero su padre la detuvo.

—Hace tres meses—continuó—que no ha puesto los pies en esta casa. Su madre me ha dicho que está triste como la muerte. Haces mal en despreciarle. No conozco otro como él. Los Cleguer son de buena cepa. Yo estoy achacoso. ¿Qué va á ser de ti si faltó?

¿Qué iba á ser de ella?

Hacía algunas semanas que Ivona se dirigía esta pregunta. Espantoso temor la acongojaba.

Hubiera querido retroceder, pero no era posible. Había ido demasiado lejos.

El mal no tenía cura.

Bajó la cabeza.

Por sus enflaquecidas mejillas rodaron dos ardientes lágrimas.

Pero persistió en su silencio.

—Si te casas con él me complacerás—continuó su padre—y también complacerás á tu padrino. Estimo mucho á los Cleguer. Te prepararás una

existencia tranquila, como la nuestra. Tu madre y yo hemos sido dichosos en esta casa, hasta que Dios me la llevó. ¡Vamos! Un esfuerzo. ¿Quieres que le diga que venga? Acudirá volando.

—Aun no..... más tarde..... —balbuceó la desdichada.

El alejamiento de Corentino debía reconocer por causa el haber descubierto el mal guardado misterio de sus citas con el duque.

Desde la noche de la casa rústica habían sido frecuentes.

Le veía casi todos los días.

Corentino había cortado bruscamente sus visitas desde la primera falta de Ivona, como si la hubiera visto.

No había vuelto á Plelau para recibir la prometida respuesta.

Esta circunstancia la inquietaba.

Pero el amor del duque sostenía sus decaimientos. Sus protestas la adormecían. Estaba orgullosa de su cariño y se dejaba llevar por la corriente.

Mas aquella mañana estaba ante su padre, inmóvil, trémula, sin saber qué contestar, sin atreverse á mirarle.

El anciano administrador la observaba con cuidado.

Vió sus ojos distraídos, soñadores, como si siguiesen por el aire un objeto invisible.

—¿A qué esperas? continuó sorprendido por aquella actitud. ¡No creo que pienses casarte con el señor de Langoul.

Y, lleno de recelos añadió, acentuando sus palabras:

—Pasa amenudo por aquí, el señor duque, ¿pero acaso podemos igualarle? Unos pobres palurdos. No hay que forjarse quimeras. Ten juicio. Si tienes alguna queja de Corentino explícate. Estamos solos. Habla. No se deben tener secretos para un padre.....

Detóvose un segundo y prosiguió en tono que la dejó pálida como la muerte.

—... á menos que no seas honrada.

Ivona tuvo un estremecimiento convulsivo.

Pero el buen Rebec, que hablaba pocas veces, había empezado á desahogarse.

—Mira, prosiguió, mil veces he pensado en lo que tu difanta madre y yo hemos hecho. Es un error acostumbrar los hijos á grandezas, cuando han de vivir como nosotros. Tú tienes quizá ideas que me ocultas y que harías bien en confiarme. Si te hubiésemos enviado á la escuela del lugar con las demás muchachas, conservándote á nuestro lado, no te creerías superior á tu clase. Me callo, pero veo cosas que no me agradan.....

—¿Por qué y á qué ha hablado usted del duque dijo Ivona enderezándose.

El anciano se arrebató un poco. La oposición le disgustaba.

—Porque viene aquí mas á menudo de lo que yo quisiera, exclamó. Soy franco. No podemos impedirselo. Es vecino y amigo del amo, aunque creo que el conde no lo estima sino en lo que vale. Des-

de la primavera sólo vemos por aquí al duque y su criado, y me disgustan sus visitas. Es un hombre de mala reputación. Creo que no darás oído á sus livianos propósitos; pero ¿quién sabe si Corentino no se ha disgustado por esos paseos que pueden comprometer á una muchacha honrada?

Ivona bajó la cabeza.

La tempestad comenzaba.

—A temás, continuó con aspereza el buen hombre, la gente murmura, y eso no puede tolerarse. ¿Me entiendes? ¡Cásate con Corentino!

Y se apartó descontento de Ivona, de sí mismo y de todo.

¡Cásate con Corentino!

¡Ya era tarde!

Estaba fuera de camino, como tren descarrilado. Su única salvación era el duque, en cuyo amor procuraba creer, pues la duda atarazaba ya su alma.

En tanto el duque, subyugado por los hechizos de aquella encantadora criatura, procuraba, por simple compasión, hacerla creer en la eternidad de su cariño.

La dulzura de su voz, el fuego de su mirada, sus juramentos, promesas y caricias causaban á la infeliz indecible júbilo; pero cuando se hallaba sola en su habitación, después de noches sin sueño, llenas de angustias mortales, lloraba desesperada.

Había vuelto muchas veces á la casita de Langou.

Cr a lo esto no era posible, el duque le daba cita

en la Cruz de los Azules, ó en algún lugar desierto de la landa.

En los alrededores no faltaban parages solitarios.

A los dos dias de la reprimenda de su padre, Ivona salió del castillo después del almuerzo.

Llegó con negligente paso á un sendero que sube por los bosques hasta una eminencia rocallosa donde sólo crecen el líquen, el musgo, el enebro y el brezo entre algunos álamos raquíuticos.

Pedras de granito obscuro cubren acá y allá el suelo, como cráneos de gigantes enterrados sin orden después de mortífero combate.

Serían las dos cuando llegó á aquel sitio.

El cielo estaba nublado, y aunque corría el mes de Agosto, el calor, templado por las brisas del mar que constantemente soplan en Bretaña, no era ciertamente excesivo.

Ivona llevaba un traje ligero y un sombrero de paja ordinaria.

Pero la sencillez del atavío no menguaba su natural elegancia.

Al llegar á la eminencia desde donde se descubre vasta extensión de terreno, se asombró de no hallar á nadie.

Miró á todas partes y esperó.

A los pocos minutos volvió bruscamente la cabeza y dió muestras de espanto.

Acababa de oír á pocos pasos una trompa de caza que le era muy conocida.

Corentino, de pie sobre la pobre maleza que rodeaba la altura á cuarenta ó cincuenta metros de

la cumbre, como el cerquillo ó la afeitada cabeza de ciertos frailes, tocaba la trompa de caza como llamando á algún compañero extraviado en el bosque.

Era imposible que no viese á Ivona que permanecía angustiada por verdadero espanto.

Su novio convertido en enemigo.

¿Cómo no había de serlo?

La sorprendía sola y sin defensa.

¿Qué iba á pasar entre ellos?

Hubiera querido huir, ¿pero cómo escapar de un cazador que corría como un ciervo?

¿A dónde dirigirse?

Tuvo una esperanza.

La de que los compañeros de Corentino respondiesen ó vinieran á buscarle.

Pero pronto la perdió.

Corentino renunció á hacerse oír y se volvió hacia Ivona.

Sus facciones se contrajeron violentamente: pasó por sus ojos una llamarada feroz.

Hizo un movimiento para retirarse, pero cambiando de resolución, se dirigió á la joven.

—Eres tú, dijo duramente. ¿Qué vienes á hacer aquí?

Ivona no respondió. Corentino prosiguió con vehemencia:

—Lo diré yo, pues tú callas. Vienes á deshorrar la memoria de tu madre y las cansas de tu padre.

—¡Corentino!

—Tanto peor. Yo no te he buscado. ¿Por qué me sales al encuentro? ¡Ah, miserable! ¡No ha llegado él primero á la cita! ¡Ya se hace esperar! ¡Qué será luego!

La sangre hervía en sus venas. Era formidable su cólera.

Ivona, aterrada, se había levantado.

—Déjame marchar, dijo.

El rugió ferozmente.

—¡Ah! ¡te doy miedo ahora! Sólo eso me faltaba. Tienes razón. Soy un aldeano sin educación, un salvaje; pero, al menos, te hubiera defendido si te hubieran insultado; hubiera roto como una psja al insolente que se atreviera á apuntarte con el dedo; lo hubiera machacado como á una concha vacía. Llámale; pide socorro. ¡Grita! ¡Que venga! ¡Que venga, sí, y verás, vive Dios, lo que entre nosotros pasa! El sitio está bien elegido para citas de amor, y no será peor para matarnos.

Daba espanto Corentino.

Su cólera crecía como una borrachera y le quitaba el juicio.

Ivona trató de huir, pero vaciló y estuvo á punto de caer al suelo.

Corentino, sujetando con una mano las dos muñecas de la infeliz, la obligó á mirarle de frente.

—¡Vamos! menos cobardía; mírame cara á cara, dijo.

La joven se atrevió á mirarle y lanzó un grito abogado.

Estaba desconocido.

Su tez, antes bronceada por el aire, tenía tintes lívidos. Espantaba la demacración de su semblante: los músculos de su cuello sobresalían como cuerdas. Bajo sus órbitas hondas como cavernas, centelleaban sus ojos.

—¿Me hallas cambiado, verdad? continuó el infeliz. Es que sufro cruelmente, y por tí, Ivona, lo cual me parecía posible. No sé si estoy loco ó cuerdo desde que tengo la evidencia de tu infamia. Me has despedazado el corazón; me has hecho sufrir tormentos que no desearía á mí más mortal enemigo. Debía aborrecerte, y á fuerza de voluntad quiero lograrlo. Es duro, pero será. Lo quiero.

—Te aborreceré, como mereces, repitió, y he de lograrlo.

—¡Piedad, piedad, Coarentino!—balbuceó la joven.

—¡Piedad! Más tarde la necesitarás. ¿Quién sabe? Pronto, quizá mañana mismo.

—¡Silencio, por Dios!

—¡Perdida! ¿Te atreves á invocar su nombre?

—¡Cielos! murmuró Ivona cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Lo sé todo! ¡Lo he visto todo! ¡Estaba allí la noche fatal en que te escapaste de casa para entregarte á ese bandido! El te esperaba, oculto como un ladrón, en la avenida que tantas veces hemos recorrido juntos. Se te llevó como una presa en su coche. Se han reído de tí sus criados.

Es un hombre sin decoro. ¿No popia deshonorarte

sin testigos? ¡Te he seguido por el bosque, en la obscuridad, hasta el lugar infame donde han estado ya tantas! ¡He oído tus suspiros, y no se como no he derribado la puerta del lupanar inmundo. ¡Dudaba todavía! ¡Qué estupidez!

Es un sueño, es un desvarío de mi mente, me decía. Nuestra Ivona, la hija de los Rebec, la ahijada del conde, la predilecta de todos, no podía caer tan bajo. No se cae tan pronto del honor de una familia honrada á la infamia de las prostitutas! Era verdad, sin embargo. ¡No me engañaba! ¡Tú eras aquella! ¡La del lupanar dorado!

Retorcíó entre sus dedos una vara de encina, como para dar pasto á la cólera que le arrebataba, y continuó con vehemencia.

—¿Qué necesidad tenías de envilecerte? Si no me amabas, si me detestabas ¿no podías elegir de entre nosotros, un hombre de tu clase, un hombre de bien, para vivir honradamente? ¡Has preferido ceder á las falaces promesas de ese infame! ¿Sabes lo que te aguarda? Oyelo, si lo ignoras. Las muchachas honradas evitan tu contacto. Tu nombre anda en boca de todos. Juanilla la tonta se ha clareado bastante. Sucederá lo que tiene que suceder. Tu dueña volará á su Paris, cuando se cansé del campo: no tardará mucho. Te abandonará, y no se acordará de tí más que de la última pastora. Si está en fondos, te dará una limosna. Tú la rechazarás y el ira á reirse de tí con sus bailarinas y queridas. ¡Recogerás lo merecido: abandono, desesperación, infamia!

Su furor, un momento apaciguado, crecía espantosamente y le transfiguraba. Embriagábase con sus propias expresiones.

Ivona se arrodilló medio desvanecida.

—¡Perdón! murmuró.

Y agotadas las fuerzas, cayó de espalda, perdiendo el conocimiento.

Corentino recobró la razón súbitamente.

—¡Triste de mí! exclamó; la he matado.

Trató de devolverle la vida; la tomó en brazos, se sentó en una piedra y la mecía en sus rodillas.

Cuando volvió en sí, la llamaba con los nombres más cariñosos; se acusaba á sí mismo y le pedía perdón.

—¿Qué tiene ese hombre para perderos á todas? dijo. El, no tú, es el culpable, pobre Ivona.

Procuró tranquilizarla.

—¿Puedo acaso aborrecerte? No me creas: mentía. Cuando vago por los montes para ocultar mi tormento á extraños que se reirían de nosotros; cuando pienso horas enteras sentado en una altura, no puedo decidirme á detestarte. Te veo pequeñita, sonriéndome como cuando saltabas sobre mis rodillas: recuerdo el tiempo en que me hablabas dulcemente; pienso en tus promesas y las creo sinceras. Se ha necesitado que ese ser infernal te tentase y hechizase. Yo no creo en leyendas de hechicerías y de brujas, pero sé que hay almas buenas y seres perversos que desean á los demás los males del infierno y procuran conseguirlo. Y á esos, aña-

dió con acento vibrante, no puedes comprender hasta qué punto los execro.

Llameaban sus inyectados ojos.

Ivona dirigió una mirada de angustia al horizonte.

Parecióle oír el ruido de las herraduras de un caballo en las piedras de la landa.

Corentino bajó la voz y dijo con dulzura.

—Me consuela de mis penas que en no lejano día necesitarás un amigo á quien confiar tus dolores. Sufrirás más que yo. Llámame entonces, Ivona, si tu maldito orgullo no se opone. Vendré y verás quien te amaba: si el bandido que te pisoteará en el fango ó el hombre honrado dispuesto á todo para labrar tu dicha.

Hacia algunos segundos que esta escena tenía un testigo oculto tras un grupo de enebros.

Juan María sentía una emoción extraña.

Estaba consternado por lo que acababa de oír, é iluminando al propio tiempo por una idea.

Creía haber hallado un hilo que le guiase en el tenebroso asunto de la avenida de Messina.

¿Cómo?

Sólo tenía una noción confusa.

Y sin embargo, una secreta voz le avisaba que el duque de Vaudrey se perdía con aquella aventura.

Observó que los ojos de Ivona, vueltos hacia una senda, expresaban la ansiedad que puede suponerse.

Del fondo del valle dominado por la eminencia en que estaban, llegaba un caballo á galope.

En pocos minutos llegaría á la cima.

Los dedos de Corentino se crispaban sobre el cañón de la escopeta.

También habia visto al jinete.

Juan María se descubrió y tocó á su hermano en el hombro.

—Deja á ese hombre, lo mando. No te pertenesco.

—¿Por qué? preguntó ferozmente Corentino.

—Es de otros.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabrás.

Y como se resistiese Corentino, Juan María le dijo en voz baja:

—Tu venganza será completa, te lo juro.

—¿Qué he de hacer?

—Nada. Callar y esperar. Vamos.

Juan María arrastraba á Corentino.

Corentino dió un salto, y se desasíó de Juan María. Cogió á Ivona por un brazo y se lo retorció sin que la infeliz se quejase.

—Ahí está, dijo, el infame á quien te has entregado. Yo habia guardado tu secreto. Sólo la casualidad lo ha descubierto. Júrame no hablar de nuestro encuentro. Si tu amante llega á saber que estaba junto á tí, que le he visto y que no le he metido una bala en el vientre, le machacaré la cabeza con una piedra, como aplasto á este sapo.

Y aplastó bajo su pie un lagarto.

Y ahora, añadió, vete á buscarle, y ¡que Dios te perdone!

Juan María consiguió llevárselo.

Los dos hermanos descendieron con rapidez hacia Scaer, y desaparecieron entre el bosque.

Anduvieron largo rato en silencio.

Cuando se detuvieron á la orilla del estanque, eran cerca de las cuatro.

—¿Con que lo sabías todo? dijo Juan María.

—Todo.

—¿Y no lo decías?

—¿Para qué? El mal está hecho y ella es libre.

—¿Ivona es querida del duque?

—Sí.

—Desde cuándo?

—Hace mucho. Ya la rondaba otros años. Iba á menudo á Pielau. Habia demasiada confianza. Ivona no tenia ya madre que la defendiese.

Corentino se ahogaba. Desde la noche fatal, su cabeza ardía.

Sintió un alivio como si descargase su conciencia en el confesionario.

Juan María meditaba.

Aquella misma tarde fué á la estación de Montaubau de Bretaña y tomó el tren de Paris.

Al dia siguiente estaba en la avenida de la calle de Messina, y á las ocho de la mañana entraba en el despacho del barón Noel.

XV

REVELACIONES.

Por el rostro casi alegre del bretón comprendió el banquero que traía noticias importantes.

Hasta entonces, el antiguo ayuda de cámara de Santiago no le había dicho nada que ya no supiese.

De todos sus viajes á Scaer había vuelto con la cabeza baja, como lebrél que vuelve sin haber levantado una pieza.

El barón esperaba con impaciencia.

Aproximábase el momento psicológico.

Lo presentía, pero no lo apresuraba.

Su divisa era la de los italianos: tardo, pero seguro.

—¿Y bien? Juan María, ¿qué hay de nuevo?— dijo.—¿Has aprovechado el viaje?

—Sí y no, señor barón.

—No te entiendo.

—Quiero decir, señor barón, que lo que á unts aprovecha, perjudica á otros.

—¡Diablo! ¡Vaya unos enigmas que me gastas! ¿Y tu familia?

—Los padres están buencs.

—Bien.

—Pero Corentino tiene penas.

—¡Penas un joven tan alegre! ¿Y por qué, Juan María?

—El pobre estaba perdidamente enamorado de una joven vecina.....

—Lo sé, Ivona Rebec, la ahijada de Plelau.

—De esa.

—Iban á casarse.

—Así estaba convenido.

—¿Por qué dices estaba convenido?

—Porque el matrimonio no se verificará.

—Ivona es hermosa y de buena familia.

—Sí, señor barón; pero.....

—¿Hay un pero? preguntó el barón.

—Los Rebec, que son lo más bueno del mundo, han educado á su hija como una señorita. La han tenido en el convento de Rennes. Es bonita como un amor..... coqueta..... ambiciosa.....

—¿Y eso es una falta?

—No, sin duda. Pero se le ha metido en la cabeza que no la conviene un aldeano como Corentino. Ha debido hacer comparaciones, y después de pensarlo bien, ha elegido un novio de título, brillante, ilustre caballero.....

—¿En nuestra tierra?

—Sí, señor.

—¿Qué estás diciéndo?

—La verdad.

—¿Y ese brillante caballero, es de nuestra vecindad? preguntó el barón, que empezaba á comprender.

- De los alrededores, señor barón.
 —No atino, añadió el banquero como procurando recordar.
 —¿Es el señor de Plestin?
 —Ese no pica tan alto.
 —¡Diablol ¿Quizá Trevern?
 —Tampoco.
 —Pues no veo quien.....
 —El señor barón se olvida de Langou y de su propietario.
 —¿Qué relación hay entre el duque de Vaudrey é Ivona?
 —No lo sé, señor barón. Sólo sé que el duque, que se encerró en Langou, por causas para mí desconocidas, debía aburrirse soberanamente en su retiro. Ha buscado distracción. La tenía á su alcance. Conocía á Ivona como el señor barón la conoce. Entraba, como vecino, en el castillo de Plelau. Ha visto que Ivona era la muchacha más hermosa del país; que iba á cumplir diecinueve años; que era inocente, sencilla, fácil de engañar. El duque es un ámbar con las mujeres, y, no puede negarse, buen mozo también. Se ha divertido en presentarse en todas partes: en las romerías, en la aldea y en las avenidas del parque de Plelau, abierto para él como para todo el mundo. Ha hallado ocasiones de mirarla, de hablarla, de aturdira con palabritas de miel, y ella se ha dejado subyugar, hasta el punto, para decirlo en una palabra, de ser hoy Ivona la querida del duque Vaudrey.
 —¿Es una novela? dijo el banquero.

- ¡Es una verdad, señor barón, la triste verdad!
 —¿Estás seguro?
 Juan María nada podía ocultar á su señor.
 Relató en breves términos la escena que había presenciado, y la desesperación y el furor de Co-rentino.
 —No lo conocería el señor barón, dijo al concluir. ¡Tan cambiado está! La pobre Ivona también está que da compasión. Tentado estoy de compadecerla á pesar de su falta.
 Y con intención, que su amo no dió muestras de entender:
 —Es un vecino sumamente peligroso ese duque, añadió.
 —¿Sabeñ en el pueblo lo ocurrido?
 —Aun no, pero no tardará en descubrirse.
 —¿Por qué?
 —Una idea mia, señor barón.
 El banquero jugaba con su plegadera, y parecía tan impassible como el Sócrates de bronce bebiendo la cicuta, que decoraba el reloj de aquel despacho celebre, cuyo mobiliario no ha cambiado desde el abuelo de Noel, fundador de la dinastía de los Bresson.
 —¿No sabes más, Juan María? preguntó á continuación.
 —Nada más, señor barón.
 —Está bien. Retírate. ¿Cuándo vuelves á Soaer?
 —En cuanto lo ordene el señor barón.
 —El pobre Plelau sentirá en el alma esa locura.
 Hay que ocultársela.

—Yo creo que también la sentirá otra persona...
 —¿Quién?
 —La señora baronesa.
 —Siempre con tus ideas, Juan María.
 —Siempre, señor barón. ¿No le da prisa la señora para ir á Scaer?

—Luisa es muy discreta. Si lo desea, no lo sé, porque no habla de eso nunca.

Juan María se mordió los labios.

Aquella reserva le molestaba.

Suponía que los proyectos de retiro de Luisa debían coincidir con los del duque.

Y no era así.

El barón se sonreía interiormente.

Leía los pensamientos de Juan María, como si el fiel bretón los llevase escritos en la frente.

Iba á despedirle, cuando se abrió la puerta del gabinete y entró la hermosa viuda, vestida de negro.

El luto realzaba su incomparable frescura.

Se quitó un guante, tendió la mano al banquero, que la estrechó entre las suyas, y se sentó en un sillón junto á la mesa, como si estuviese en su casa.

—Luciana me ha dicho que Juan María había venido de Bretaña, dijo, y vengo á saber noticias. Santiago, añadió con ligera emoción, adoraba aquel país, y Scaer es una maravilla.

Juan María dirigió una mirada rápida al banquero.

El rostro del barón permanecía impasible.

Luisa Renaud interrogó al criado con el más natural descuido; se informó de los Cleguer, de los colonos, de la cosecha, de infinidad de detalles, de todo, en fin, menos de Laugou.

Juan María, cansado de esperar la pregunta que no le dirigía, dijo:

—¿Sabe la señora baronesa que el señor de Vaudrey está hace tiempo en su posesión?

—¡El señor de Vaudrey! dijo la viuda con indiferencia admirablemente fingida. ¡Imposible!

—¿Me permite la señora preguntarle por qué es eso imposible?

—Porque el señor de Vaudrey adora á París; es su pasión, su única pasión, según dicen. No lo deja sino en el último extremo.

—Pues, sin embargo, está en Laugou.

—¿Usted lo ha visto?

—Con mis propios ojos.

—¿Dónde?

—En varios sitios, pero sobre todo, en Plelau.

—¿Y qué hace en Plelau?

—Lo de costumbre.

—¿Pero qué?

La calma de la baronesa excitaba á Juan María.

—Hace el oso á las niñas bonitas, respondió con viveza.

El golpe era certero.

La viuda no pudo ocultar su impresión, que fué rápida, pero se repuso en seguida.

—¡Niñas bonitas en Plelau! dijo. Me asombra usted, Juan María.

—Pues las hay.

—¡Nómbrelas usted!

—Una al menos.

—Una..... es poco.

—Bastante para el señor de Vaudrey.

—¿Se llama?

—Ivona Rebec.

La baronesa hizo como que quería recordar.

—Ivona Rebec..... dijo, ¿la hija del administra-

dor?

—La misma, señora baronesa.

—¡Ivona Rebec! Es verdad, ya recuerdo. Debe ser bonita. Sí, en efecto, de pequeña prometía.

—Menos de lo que ha dado.

—Ya lo veremos.

El banquero intervino.

—Cuando quieras, Luisa.

La hermosa viuda conoció quizá el lazo, pues respondió con la mayor indiferencia:

—¡Oh! no hay prisa. En Septiembre, si quieres.

El señor de Vaudrey estará ya en su adorado París. Veremos.

Y añadió con irónica compasión:

—Dicen que ha perdido las tres cuartas partes de su fortuna.

Noel Bresson hizo un gesto desdefioso.

—Las tres cuartas partes, dijo, eres muy indulgente, Luisa. Ni un sueldo posee á estas horas. Creo que hecho el balance no le quedarán más que deudas. Pero ya conoces la sociedad. A un hombre de su edad, de su talle y de su nombre, nunca le fal-

tan recursos, á menos que renuncie al matrimonio, lo cual sería una locura. Lo sé de buena tinta. El duque es hombre al agua, pero le brindan botes de salvación, y se salvará.

Luisa Renaud se sonrojó ligeramente; pero por rápido que fuese el cambio de color, lo percibió el banquero.

Hablaron como amigos, de cosas sin importancia, y se separaron.

Cuando el banquero estuvo solo con Juan María, le dijo con voz cortada:

—Creo que no tardaremos en ir á Scaer. Toma la delantera. Procuraré que Luisa vaya antes que yo. quiero estar al corriente de lo que hace. ¿Entiendes? Necesito conocer todos sus pasos.

Juan María sintió un estremecimiento de gozo. Por fin su amo se decidía á hablar.

Era la primera vez que le daba órdenes precisas.

—Se le seguirá, dijo.

—Sin que ella lo note.

—Sí, señor barón.

—Marcharás mañana.

—Está bien.

Noel Bresson sacó cinco mil francos de un paquete de billetes y los puso sobre la mesa, delante de Juan María.

—Para los gastos menudos, dijo. La guerra no se hace sin dinero, porque es una guerra la que emprendemos, Juan María, guerra de emboscadas y astucias. En ti fío. Si te hace falta, allí estoy, día

y noche. Una mujer ha perdido á mi hermano, y otra mujer perderá á su miserable asesino. Ya te decía yo que no teníamos más que aguardar.

El banquero se expresó con una vehemencia que electrizó al bretón.

—Vete, Juan María, dijo.

Por toda recompensa le alargó la mano.

El criado la estrechó y salió cuando el conde Hugo entraba en el gabinete.

—Amigo mio, le dijo el barón, puedes cerrar las maletas. Dentro de pocos días iremos á Morbihan.

El conde Hugo levantó las manos hacia el techo, como un prisionero á quien ponen en libertad.

Adoraba á su Bretaña, y sólo estaba en París para acompañar al banquero.

—¡Al fin te decides! exclamó.

—Esperaba la decisión de mi cuñada, y tengo motivos para suponer que no ha de tardar en manifestarla.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En ciertas palabras que acabo de oír.

—¿Con motivo?.....

—De Laugou. Lo van á vender. El duque se ha ido á pique.

—¿Hasta ese extremo?

—Renaudet lo asegura.

—Puede equivocarse.

—El notario y el agente de negocios del duque están furiosos contra su cliente.

—¿Por qué?

—Porque rechaza la mano de cuantas herederas le proponen para sacarlo á flote. Ni siquiera se molesta en decirles por qué.

—¡Bah!

—Chapuzet se lo ha dicho á Renaudet. Ya lo sabes, las gentes de negocios suelen contarse esas cosas.....

—¿Y das crédito á esas fábulas?

—Querido Hugo, replicó el banquero acentuando sus palabras, creo que conozco á una viuda joven, cuyo mayor placer sería enjugar el déficit del duque. Por eso el duque no acepta las demás, ó yo me engaño mucho.

El banquero miró fijamente al conde, que se estremeció.

Se habían entendido.

XVI

JUAN MARIA SIGUE TENDIENDO SUS REDES.

El mayor de los Breson no gastaba por lo común tantas palabras.

Pertenecía á la categoría de los silenciosos.

Su prolijidad acusaba la alegría de un descubrimiento importante.

Parecíase al inventor que, tras vanos esfuerzos, halla, al fin el elemento necesario á su triunfo.